

La visita
Tomás Cao

Fue porque la había llamado. No era la primera vez que aparecía en ese cuarto de hospital y estas últimas semanas se volvió recurrente. El estado de salud de Sara empeoraba día con día y era evidente cómo la vida se escapaba de ese cuerpo. No podía dejar de preguntarse cómo es que esa cama tan pequeña le podía quedar tan grande. No era más que una insignificancia al lado de todos los tubos y máquinas que tenía alrededor que prolongaban su vida por días, horas o minutos.

Lo único que no cambiaba era su mirada, esos ojos color miel que la veían, que la observaban con detenimiento. Esos momentos eran difíciles, a veces Sara imaginaba y reconocía a alguien que le daba gusto ver, en ocasiones era su hija a quien no había visto hace años por una discusión; nunca le perdonó que se juntara con un hombre veinte años mayor que ella, casado y con hijos. De eso ya hacía tiempo, las pocas veces que pudieron hacer las paces el orgullo se interpuso y el resto es historia. Se arrepentía y quería llamarla pero cada día que pasaba la vergüenza y la desidia lo impedían. Ahora ya no era posible, lo que en un inicio comenzó con dolores de cabeza, resultó ser un tumor cerebral. La tuvieron que internar después de que en una cita colapsara. Eso fue hace dos meses.

La primera vez que la visitó, Sara creyó que era su abuela. Entendió entonces lo difícil que sería visitarla. Se puso a gritar y a decirle que fue su culpa, que su mamá se mató a causa de ella, por sus exigencias, que nunca la dejó ser feliz y que junto a su abuelo habían sido los responsables de la infelicidad de su madre. En todo ese tiempo se mantuvo impasible mientras Sara le recriminaba y gritaba, pero llegaron las enfermeras a tranquilizarla, la sedaron y tuvo que irse.

Después de unas semanas volvió a visitarla, la mayor parte del tiempo Sara estaba sedada. Esa vez creyó que era la tía Helena, quien se había hecho cargo de Sara una vez que su mamá fuera internada en el psiquiátrico. Fueron unos años muy felices los que vivió con ella. Le contaba cosas de adolescentes, de los chicos o los maestros que le gustaban, de moda o música de la época. La quería más como una amiga que como su tía. Podía contarle de todo y esa fue una visita agradable.

Estuvo a su lado por horas escuchando, rememorando vivencias hasta que se quedó dormida.

La siguiente visita fue inesperada. Sucedió durante la noche, tuvo un ataque durante el día y tenía insomnio. Esa vez Sara estaba amarrada a la cama, las enfermeras no querían que se arrancara las sondas ni que cayera si volvía a tener otro ataque. Estaba sedada y muy confundida. Primero me recrimino el por qué nunca había contestado las cartas. Pasó meses esperando noticias mías hasta que simplemente perdió la esperanza. Me dijo que si hubiera querido, si se lo hubiera pedido ella habría abandonado a su marido e hija para vivir una nueva vida a mi lado. Después lloró, creyó que era su marido. Me pidió perdón miles de veces, me dijo que siempre me había amado, aunque después de que pasara lo de mi aventura las cosas nunca pudieron ser iguales. Más porque sabía de mi otro hijo. Era una espina que tenía en el corazón. Siguió recriminando hasta que se quedó sin voz. Me observaba aunque no sabía a quién veía, no podía adivinarlo en esa mirada. No sabía si estaba feliz o molesta, era difícil. Al final sus ojos se cerraron poco a poco hasta quedarse dormida.

No pasó mucho para la siguiente visita. Le habían hecho estudios a Sara y se encontraba débil. El cáncer avanzaba rápido, los médicos no sabían a qué ritmo, pero no había que estudiar medicina o ser genio para saberlo: había perdido mucho peso, físicamente se notaba su desmejoría y le quedaba poco cabello. Pero sus ojos, esa mirada color miel no cambiaba. Intentó articular algo pero solo fueron balbuceos seguidos de uno que otro grito. Así continuó por un par de horas hasta que llegó una enfermera a darle un calmante. Esa vez se quedó dormida con los ojos abiertos, mirando hacia ella sin que pudiera adivinar quién la había visitado.

Si todas las visitas hubieran sido apacibles y tranquilas, habría podido sobrellevarlas. Los últimos días eran inciertos. Había días buenos y malos, aunque parecía que solo quedaban de los últimos. En una de las visitas observó el terror en los ojos de Sara. Mencionó a un hombre, por los gritos, dio a entender que algo malo sucedió entre ellos. Este hombre intentó violarla. Su esperanza era que se durmiera, que pudiera calmarse, pero estaba tan alterada que a las enfermeras les costó tiempo y esfuerzo tranquilizarla. Terminaron por amarrarla a la cama y eso

empeoró la situación. Nunca había visto tanto terror en esa mirada, los gritos llegaban a los pasillos. No faltaba uno que otro metiche que se asomara por la puerta del cuarto. Este episodio duró un par de horas, deseó nunca más volver a visitarla.

Si hubiera un dios o la misma muerte que escuchara sus plegarias y que se compadeciera de Sara, esa habría sido la última visita. Pero no, ningún dios ni tampoco la muerte se apiadaron de sus súplicas. Sufría igual que ella, su dolor era el suyo y por más que deseaba que esas visitas terminaran, seguía llamándola. Se sentía impotente, no podía hacer nada para hacer de esas visitas algo agradable, algo que le diera paz. No dependía de ella, solo podía adivinar cómo sería visitarla con ver su reflejo en los ojos de Sara. Le habría gustado que hubieran más personas buenas en la vida de Sara, al menos así podría recordar lo bueno y morir tranquila. Sin embargo la vida aún no la abandonaba.

Aún cuando las visitas eran difíciles, no soportaba mentirle. Mentirle cuando hacía esa pregunta, una que esperaba no formulara nunca, pero que siempre tenía voz para hacerla:

–¿Eres real? –Preguntaba Sara.

–Sí– Le mentía.